

Don Ramón Carande y la Academia*

Muchas gracias, Bernardo, por tus palabras de presentación. Es verdad que yo conocí a tu padre, por las diferencias de años que nos separan, en la época suya ya de persona mayor, en años, pero tan joven de espíritu, que lo mismo que a todos los más jóvenes que le conocíamos, nunca la diferencia de edad nos pareció que significaba nada. Porque cuanto nos pasaba, cuantos problemas le planteábamos, pues respondía a ellos como uno más de nosotros en lo que se refiere a la edad, con todo el saber que él llevaba acumulado, y esa perspicacia y esa agudeza que le caracterizó hasta el último momento de su vida. Así que el privilegio era para nosotros contar con una persona de esa experiencia y de ese saber, que nos enseñase sin hacer alarde de ello, como que las cosas se decían porque sí, sin más.

Y es su recuerdo el que nos convoca aquí, y a mí con especial nostalgia, porque recuerdo la visita a Palencia con motivo de su nombramiento de Hijo Predilecto. Estaba en plena salud, a pesar de los años, con toda su vitalidad.

Aquel día estuvo en el Ayuntamiento, habló en la Diputación, si no recuerdo mal, fue a inaugurar el Colegio Ramón Carande; después hubo un almuerzo en un restaurante, en Monzón. De Monzón volvió a Palencia, y a las cinco de la tarde le daba prisa a María Rosa, su mujer, a tu madre, diciéndole: «María Rosa, que a las siete hay otro acto». Y yo le decía a Eduardo García de Enterría, dado lo cansados que estábamos todos, digo «No sé si todos estos actos a don Ramón le van a originar algún trastorno en su salud, porque es que es casi insoportable todo este tipo de... Y él que ha hablado... Fíjate nosotros, que fuimos sólo espectadores, y yo estoy que no puedo más, a las siete de la tarde». Y me decía: «Nada, nada, no te preocupes. Todas estas cosas para don Ramón son como un masaje. Al contrario, disfruta con esto y le revitaliza».

Y justo en aquel día yo encontré que, hacía me parece tres o cuatro meses que no le veía, y siempre esperaba encontrarle un poco menos lúcido o con menos salud, y le encontré especialmente bien. Y comentándolo con Lucas Beltrán, con quien vine a Palencia desde Madrid y regresé con él, me dijo: «No te tiene que extrañar. Sabe todo lo que sabía el año pasado y lo que ha aprendido de entonces acá. Por eso le ves lúcido e inteligente como siempre».

Pensaba, y lo decía el otro día en Madrid, que íbamos a celebrar con él sus cien años.

** Palabras pronunciadas el 14 de mayo de 1987, en el Ayuntamiento de Palencia, con motivo del centenario de Ramón Carande.*

Puede que don Ramón se nos haya ido para evitar estar presente en estos actos, que sin duda, si viviera, se celebrarían igual.

Y yo he elegido como tema de mi intervención, uno que tiene muchos aspectos íntimos, de algo que trasluce pocas veces, de lo que se habla poco, de las Academias, don Ramón y la Academia, esta Casa situada en Madrid, en la calle de León, recoleta... No trasciende al público lo que allí ocurre; y yo voy a hacerlo trascender por boca de don Ramón Carande, no tanto para estudiar o presentar las intimidades de la Academia, sino para, a través de la correspondencia mantenida con algunos académicos, mostrar la calidad humana, el temperamento, el ingenio de don Ramón Carande.

Es muy conocida la biografía... Supongo que en estos días se habrá dicho todo lo más importante de lo que se puede decir de su juventud, formación, publicaciones, contribuciones a la historia medieval, a la historia moderna e incluso a la contemporánea. Es autor de trabajos de historia que comienza a publicar en fecha tan temprana como 1925, aunque ya para él era una fecha casi de adulto, porque no fue un hombre precoz. Fue un hombre pausado, que comenzó a escribir cuando consideró que podía decir algo nuevo.

Catedrático desde el año 1916. No llegaba a los treinta años; iba a cumplirlos. Para hoy nos parece una edad temprana; entonces no lo era. Antonio Rubio yo creo que fue catedrático a los veintidós años (me parece), y había otros catedráticos mucho más jóvenes.

Y le dio a conocer, sobre todo, la publicación del primer tomo de *Carlos V y sus banqueros*. Le dio a conocer entre los historiadores generales, porque don Ramón era catedrático de economía política, y aunque se dedicó a la historia después por no satisfacerle sólo enseñar economía, sino que quería investigar, pues es la obra *Carlos V y sus banqueros* la que le abre las puertas de la Academia. Ya lo repetí (tú eres testigo de que reincido), un académico amigo le escribe: «Con este libro da usted un aldabonazo muy importante en la puerta de la calle de León», diciendo, con este libro sin duda le llamarán de la Academia para incorporarle entre sus miembros.

Y tardó un poco todavía, después de la publicación del libro. La elección aún se hizo esperar, hasta que por fin fue propuesto en junio de 1948, firmando el Acta de Propuesta el historiador, conocido de todos, don Antonio Ballesteros Beretta, Natalio Rivas (que, por cierto, murió dos meses después), y un buen amigo de don Ramón, don Melchor Fernández Almagro. Y fue propuesto para cubrir la vacante que quedaba por fallecimiento de don Salvador Bermúdez de Castro, marqués de Lema.

La elección tuvo lugar unos días después de la propuesta, el 18 de junio de 1948, y en su expediente de la Academia, que yo revisé, expresa don Ramón su profundo reconocimiento por la elección, el 28 del mismo mes. Y pronuncia su discurso de ingreso el 18 de diciembre de 1949, en una tarde de domingo húmedo y brumoso. Le acompañaron en el estrado aquel día los académicos recientemente ingresados, los últimos en ingresar, los señores Gómez del Campillo y el general Kindelán. Y le contestó, como es tradicional (todo discurso de ingreso implica una contestación), le contestó el duque de Maura. Y echó de menos entre los asistentes aquel día a uno de sus mejores amigos, a don Juan Lladó Sánchez-Blanco, viejo amigo de don Ramón Carande desde

que juntos se incorporaron al Banco Urquijo en 1931. La niebla le impidió a Juan Lladó llegar a la sesión de ingreso de don Ramón en aquella tarde de diciembre.

Satisfecho Carande con la elección y el ingreso en la Real Academia de la Historia, cumplió puntualmente cuantos encargos le fueron hechos por el director, en nombre de la Academia. Lo era entonces, cuando él ingresó, y todavía lo siguió siendo por unos años, el XVII duque de Alba, don Jacobo Fitz James Stuart Falcó y Portocarreto, quien fue director de la corporación hasta su fallecimiento, en 1953.

Don Ramón Carande admiró siempre al duque de Alba, recordando con nostalgia su época de académico con el duque de Alba como director. Nunca la corporación, le oí decir alguna vez, había alcanzado después la altura que había tenido entonces. Y era una Academia en la que tenía que encontrarse a gusto don Ramón, porque formaban parte de ella don Ramón Menéndez Pidal, don Manuel Gómez Moreno, don Emilio García Gómez (que vive, afortunadamente), don Antonio Ballesteros Beretta, don Leopoldo Torres Balbás, don Melchor Fernández Almagro, don Gregorio Marañón, cuyo centenario también se conmemora ahora. Siempre, repito, don Ramón añoró aquellos años de Academia.

¿Qué se hacía y qué se hace en la Academia, entonces y hoy? Informes diversos que pide la Administración Pública, que piden los particulares; disertaciones de los académicos sobre asuntos en los que estén investigando, en las sesiones de los viernes, que duran exactamente desde las siete a las ocho de la tarde.

Don Ramón era un hombre impaciente; a veces con prisas. Parece que en Sevilla los sevillanos le ayudaron a acomodar un poco más el tiempo y a ser más pausado. Pero siempre tuvo un carácter nervioso y no le gustaban los prolegómenos, ni las cosas que, a su juicio, se podían resumir. Y por eso le impacientaban, en las sesiones académicas, la lectura de las actas de la sesión anterior para su aprobación correspondiente, y los asuntos de trámite que el secretario a veces leía, a juicio de don Ramón, sin ahorrar a los oyentes ninguna frase de las cartas en que se solicitaba dictamen para lo que fuera. Y algunas veces decía: «No aguanto las sesiones de la Academia. Y encima me hacen cambiarme porque tengo que llevar corbata. Porque el otro día que fui sin ella, noté que aquellos señores me miraban con una cara un poco de censura», cosa que no cambió. Yo, que pertenezco, asisto a las sesiones desde hace siete años, y por razón de mis circunstancias de profesor universitario, los viernes por la tarde tengo clase de cinco a seis, y voy desde la Universidad para llegar a la sesión de las siete. Y el atuendo universitario, aunque yo soy muy tradicional, y nunca he asistido a clase sin chaqueta y corbata, alguna vez... Recuerdo que una de las veces llevaba una chaqueta, no de sport, corriente, con mi corbata y mi camisa, y yo creí que iba muy bien vestido. Y el actual secretario, que es muy puntilloso, me saludó y me dijo «¿Qué cuenta nuestro deportista?». A la semana siguiente, que iba con un traje como éste, «Muy bien; traje académico», recordando el atuendo de la anterior. Y a don Ramón esos requisitos no le gustaban nada.

Las Academias, como creación que son del siglo XVIII, permanecen con sus estatutos fieles a las tradiciones. Han modificado sus normas muy pocas veces, y sería muy peligroso modificarlas ahora, y mucho más que se las modificara por Orden ministerial. Las Academias son como los muebles de época del siglo XVIII, que puestos en manos

de un ebanista, por bueno que fuere, que quisiera reformarlos, cometería un verdadero disparate. No pueden ni limpiarse esos muebles de época de firma ni con un plumero; hay que soplar, y de lejos. Y con las Academias pasa algo parecido.

Sabemos cómo surgió la Academia de la Historia en el año 1735. Varios eruditos de la Villa y Corte habían dado en reunirse en la casa de don Julián de Herosilla, abogado de los Reales Consejos, para hablar sobre asuntos de Historia, y para discutir sobre algunos oscuros de la de España. La tertulia oculta dio en denominarse Academia Universal, ya que en ella se trataba también de Ciencias, de Artes y de Buenas Letras. La Junta fue elevada al rango de Real Academia de la Historia por Real Orden de Mayo de 1738 confirmada por la consiguiente Real Cédula.

Se componía de veinticuatro académicos de número. Había entonces otros tantos supernumerarios para suplir, por antigüedad, a los numerarios que se ausentaran. En 1744 se refundieron en la Academia los oficios de Cronista, y en 1775 se refundió en la Academia de la Historia el oficio de Cronista Mayor de Indias. Es decir que la Academia de la Historia es hoy, por esa refundición, Cronista Mayor de Indias.

Y en diciembre de 1766 se reformó el reglamento. En 1787 Vargas Ponce, ayudado por Jovellanos, dio nueva vida a la corporación con otro reglamento. Los nuevos estatutos entraron en vigor en 1792, y con estos estatutos la Academia quiso atarse ella misma las manos, para que en tiempo ninguno en el futuro pudiera atárselas alguna autoridad intrusa, autoridades, se decía, que suelen respetar por conveniencia la pusilanimidad, la pereza o el egoísmo. Los estatutos de entonces siguen vigentes en su espíritu, aunque experimentaron modificaciones en 1856 y en 1899.

¿Qué trabajos hizo don Ramón en la Academia? Participó e informó en diversas sesiones de la misma. Dio a conocer el contenido de la colección Sempere y Guarinos, colección de manuscritos, del siglo XVIII sobre todo, que se conserva en el Archivo de la Real Academia, luego biblioteca. Y publicó el contenido de esta colección en el *Boletín* de la misma, y en él manifestó el propósito de ir publicando documentos selectos de esta colección.

En el tomo 139 del *Boletín*, correspondiente al año 1956, publicó el famoso informe de Olavide sobre la Ley Agraria. Y fruto de sus consultas en los fondos de la colección Sempere y Guarinos fue el trabajo titulado *El Despotismo Ilustrado de los Amigos del País*, publicado por la Universidad de Valladolid en 1957, y que se incluye en los Siete estudios de *Historia de España* publicados por Ariel.

Y por encargo de enero de 1953, se le encomendó la publicación del tomo 57 de las Actas de las Cortes de Castilla. Y hubo una confusión respecto a este encargo, porque don Ramón creía que tenía que esperar a recibir en su domicilio el original para transcribirlo y presentarlo después a la Academia. Y en carta al director manifiesta que una mala interpretación suya (ya entonces —estoy hablando del año 1953, hay que ver la de años que vivió desde entonces—, ya se quejaba en ese año de su...) dice «o algún fallo de mi pobre memoria, o ambas cosas», le habían hecho creer que su trabajo para la edición dependía de ese envío de que hablo. Y escribiéndole al director, y con finísima ironía, como solía siempre, le dice: «Si hubiera entendido que la tarea dependía exclusivamente de mí —aseguraba don Ramón—, hubiera constituido esa tarea una de esas ocupaciones urgentes aludidas amablemente en la carta por el director». El di-